

## VIAJE AL QUIRÓFANO

Nunca me han gustado mucho los viajes y sin embargo no he parado de ir de acá para allá, incluso a América, donde he estado no menos de quince o veinte veces. Los viajes siempre me parecen largos y pesados. Los hago para trabajar y para, ya de paso, ver algo de lo que pasa por ahí, que suele ser muy parecido a lo que pasa por acá. Esta vez, el punto de destino está a diecinueve kilómetros de Hondarribia, este bello pueblo en el que vivo, y se llama Quirófano. El viaje, me dicen, no tiene riesgo alguno, y está garantizado el billete de vuelta. No es nada, hombre, tan sólo que te hacen una incisión en el tórax y te sacan el corazón para hacer un poco de fontanería. Te quitarán con un cuchillito esa válvula aórtica que está estrecha y te coserán en su lugar una de acero preciosísima; mientras te lo hacen, será estupendo, porque el sistema funcionará en tu exterior. El corazón quedará como aparcado mientras tu sangre es movida y oxigenada en un circuito magnífico que hará de corazón y de pulmones artificiales.

Nunca estoy muy animado a los viajes, sobre todo cuando tengo que dar conferencias. Esto es diferente. En las conferencias, el éxito depende de mí y es mi responsabilidad. En este caso, yo, tranquilo, y luego, tan ricamente, a la UVI, y unos días después a casa, sano como una manzana. Me dicen que oír el tic-tac de la válvula, y ello me recuerda *El corazón revelador* de Poe. Como decía mi querido Ignacio Aldecoa <¡Es uno tan literario!>.

No viene a cuento ahora, como se ve por lo que vengo diciendo, el tema de la muerte, pero a mí, no sé por qué, me lo ha recordado. Quizás porque acabo de leer que otro buen amigo, Juan García Hortelano, acaba de morir. Fue una persona muy digna siempre, y yo recuerdo su contribución a aquella Carta contra las torturas a los mineros asturianos, que tanto ruido armó en los años sesenta. No sé cómo habrán sido sus últimos momentos, pero he observado que los escritores suelen morir muy bien y hasta convierten el trance en motivo literario. Conversé con Bergamín poco antes de fallecer, y estuvo de lo más ocurrente. De Neville se cuenta que cuando volvió en sí en una clínica después de un grave accidente automovilístico, vio a un médico con barbas a su lado, y le preguntó: <¿Es usted Dios?>. De González Ruano, dicen que un día que se sintió enfermísimo en el Café Gijón salió a la calle y, viendo que pasaba una carroza fúnebre, la llamó casi extenuado: <¡Taxi! ¡Taxi!>. El día en que se sintió morir definitivamente, escribió un artículo *–Viaje a la cama–* y se acostó por última vez. Del humorista Tono he oído decir que se estaba muriendo cuando recibió una visita, a la que atendió cortésmente, y, al despedirse, se excusó así: <Perdóneme que no le acompañe hasta la puerta, pero es que me estoy muriendo>.

Otro colega, muy admirado por mí me dijo unos días antes de su muerte: <¡Ay Alfonso! Me estoy muriendo por encima de mis medios>. Fue una gran travesura literaria porque Oscar Wilde había dicho lo mismo en semejante trance. Desde luego, en literatura se dan curiosas coincidencias que parecen plagios. Seme olvidaba decir que el protagonista de esta anécdota es Enrique Jardiel Poncela.

No sé por qué he traído todo esto a colación, pues nada tiene que ver con mi caso. Alguna relación mayor tiene el antecedente del escritor húngaro Karinthy, que nos contó en su *Viaje alrededor de mi cráneo* sus experiencias desde los primeros síntomas de su enfermedad –un tumor en el cerebro– hasta su recuperación después de la intervención quirúrgica. Creo que por fin se murió, al poco tiempo, pero él ya nos dejó escrito su libro, que es estupendo.

Sobre todo, recuerdo ahora, mientras preparo mi maletín de viaje, pues me voy pasado mañana, a un gran poeta, y un poema suyo que trata del corazón. Se titula el poema *Angina de pecho*, y se llama el poeta –a quien pude conocer en Génova hace muchos años– Nazim Hikmet.

*Si la mitad de mi corazón está  
aquí, doctor,*

*la otra mitad está en China  
con el ejército que desciende  
hacia el Río Amarillo.*

*También cada mañana  
mi corazón es fusilado en Grecia.*

Enumera algunas otras tribulaciones de su corazón, para explicarnos luego, en palabras sencillas como siempre:

*Por todo esto, doctor,  
y no por causa de la arterioesclerosis,  
ni de la nicotina, ni de la cárcel,  
es por lo que tengo esta angina  
de pecho.*

Nos habla al fin el poeta de que, a pesar de los muros de la cárcel, que le oprimen el pecho, <su corazón late con la estrella más remota>. Releyendo ahora este poema, que conozco casi de memoria desde hace yo no sé cuántos años, pienso que puede ser verdad que las zozobras y las heridas de la historia se reflejen (no sé de qué manera) en esta víscera, y, en cuanto a mí, ya sentí por primera vez <algo como una sombra en el lado del corazón> cuando estaba en la cárcel de Carabanchel, y hasta escribí por entonces un <Pequeño Testamento>, a la manera de Villon –es uno, efectivamente, tan literario- en el que lo contaba.

Cuando leas este artículo, lector amigo (que no Enemigo Vulgo), ya estaré de vuelta de mi viaje a Quirófano, sano como una manzana y acompañado de mi tic-tac revelador. Hasta pronto, pues, y, si no, ¡hasta el Valle de Josafat! (Se ve que es un escritor de tragedias el que ha fastidiado, al final, con un efecto para la galería, este artículo tan gracioso.)